
LA FAMILIA Y EL PROGRESO EDUCATIVO DE LOS HIJOS

TEOFILO RODRIGUEZ NEIRA
Jefe de la División de Formación del
Profesorado del ICE

El medio social, económico, político, urbanístico, todo el entorno humano ha estado sometido, durante los últimos cincuenta años, a cambios profundos e irreversibles. El paisaje se ha transformado violentamente. Las relaciones humanas han sufrido intensas alteraciones sísmicas. El sistema laboral modificó radicalmente los emplazamientos y los puntos de referencia de muchas familias, de pueblos enteros. Una verdadera multitud emigratoria ha recorrido la geografía en todas direcciones buscando condiciones de vida más confortables y provechosas. Los hogares han sido invadidos por toda clase de artefactos modificando la vivienda y la distribución interna de los espacios. Estos fenómenos, y otros muchos que no es necesario mencionar, están ahí golpeando las antiguas organizaciones familiares. Un diagnóstico inmediato de la situación nos lleva a refugiarnos en el estado de crisis como ámbito general en el que las familias se mueven. Decimos, por ejemplo, que las relaciones paternofiliales están en crisis, y ya damos por señalados todos los problemas que sobre ellos repercuten. Sin embargo, con semejante solución nada se ha conseguido. No se destaca ningún aspecto relevante. No se indica en qué consiste la crisis ni se ofrece ningún sistema de estabilización.

Existe hoy una conciencia aguda sobre bastantes conflictos perfectamente delimitados. Pongamos por caso, el derecho consuetudinario ha modificado, o está a punto de alterar, las referencias jurídicas entre los esposos, entre los padres y los hijos. Nadie defendería en la actualidad unas tesis como las planteadas por Bodin en su tratado *De la République*: «El poder de vida y muerte sobre sus hijos, que les pertenece según la ley de Dios y de la naturaleza, debe atribuírseles nuevamente a los padres». Nuestra sociedad mantiene una cierta sensibilidad sobre los derechos de los hijos. La alarma se dispara automáticamente a través de la prensa, de los medios de difusión, cuando se descubren actos de violencia o lesiones infligidas a los niños por parte de sus progenitores. Estos hechos, de todos conocidos, ocurren con frecuencia. Y se denuncian y se persiguen como formas de delincuencia. Semejantes sucesos nos remiten a un nuevo orden que todavía necesitará consolidarse.

INESTABILIDAD FAMILIAR

Acontecen en nuestras colectividades otros muchos factores de cambio: La incorporación de la mujer al trabajo, las reivindicaciones en torno a los papeles de lo masculino y lo femenino, el control de la natalidad, la pérdida de los lazos del entramado parental, la desaparición de las tradiciones, la rotura de los grupos sociales y de las instituciones, la constante modificación de los objetos y valores estimables, etc. Estos son algunos de los resortes que han conmovido todo el entramado del desarrollo familiar. Es suficiente, para percatarse de la magnitud de las mutaciones que están ocurriendo en nuestro contexto social, pensar en los comentarios que Enrico Chiavacci, presidente para los problemas de la moral de la asociación italiana de teólogos, ha hecho al quinto sínodo episcopal celebrado en Roma para estudiar «el problema de la familia cristiana en el mundo contemporáneo». Según Chiavacci, comienza por ser

discutible, en primer término, el modelo de familia que el Sínodo manejó como prototipo evangélico. El concepto utilizado ha sido el perteneciente a la cultura occidental. Pero éste no es el único, ni el más antiguo, ni siquiera la fórmula básica de acuerdo con la cual hayan de conformarse los valores cristianos de la familia. Quiere ello decir que incluso en los medios más conservadores está puesta en entredicho la organización familiar más adecuada de cara al futuro.

De entre todas las circunstancias que afectan a la familia y que repercuten en la educación de los hijos, en la escolarización, existen algunas que pueden ser destacadas y analizadas.

En primer término, es necesario presentar la incidencia afectiva que la brusca interrupción de todo lo referente a los «patrimonios familiares» ha supuesto para miles de hogares. No se debe olvidar que sobre este campo están gravitando las ideologías políticas y los cambios sociales más profundos. En segundo lugar, hay que enunciar la limitación y la movilidad laboral, que pueden acarrear expectativas contradictorias en el futuro inmediato de los proyectos más íntimos y personales.

La consecución, el logro patrimonial figuró a lo largo de generaciones como uno de los objetivos básicos de la actividad familiar. Los padres encontraban una justificación a sus desvelos en el mantenimiento de bienes que servían de garantía y prestigio social. Al mismo tiempo funcionaban como estabilizadores emocionales. Disminuían las tensiones ocasionadas por un futuro imprevisto y eliminaban parte de las ansiedades que un porvenir incierto puede desencadenar. Incluso eran utilizados como sistemas de control. Se exigía obediencia y participación porque el fin de todos los trabajos era asegurar el bienestar de los hijos, evitar riesgos innecesarios. Pero el escenario de estas pretensiones se ha modificado radicalmente. Para la mayoría de las familias ya no tiene sentido aumentar palmo a palmo las propiedades heredadas, ni acumularlas para transmitir las a los descendientes inmediatos. Y en la mayor parte de los casos ni siquiera se puede pensar en la posibilidad de conseguirlo. No sólo ocurre así porque el paro laboral haya crecido desmesuradamente, ni porque el poder adquisitivo de las remuneraciones sea anualmente, diariamente, erosionado por la inflación continua, ni porque el ahorro se haya visto políticamente esquilmo, ni por la parquedad retributiva —todo ello es cierto y tiene un gran peso sobre las nuevas situaciones—, sino porque las actitudes básicas, movidas o no por esas circunstancias, son distintas, las perspectivas y el punto de mira de las disposiciones psíquicas se han desplazado de las antiguas posiciones. El consumo está siendo artificialmente estimulado. Se realiza por encima y en contra de lo que podríamos llamar «necesidades naturales». El ritmo de vida ha sido planteado de acuerdo con el nivel de ingresos, cuando no lo sobrepasa con creces. Un sentimiento de precariedad ha invadido capas muy amplias de la sociedad. Vivir al día es el eslogan y la pretensión impuesta de gran parte de las gentes que se agitan diariamente por los entresijos de nuestras grandes ciudades. Es decir, estamos inmersos en aquel estado de cosas que MANNHEIM anticipó hace ya bastantes años: «La orientación, en las sociedades con «status» fijo, es fácil; todo el mundo sabe a lo que puede aspirar y lo que puede esperar. Por el contrario, la vida moderna ya no ofrece expectativas seguras, sino sólo un infinito desafío. En épocas anteriores, solo el pobre tenía sueños infinitos, ya que no podía esperar recompensas finitas. En este sentido, todos nos hemos convertido en pobres. *La inseguridad, como destino general, ya no limitada a las capas sociales sumergidas en la sociedad, es una de las características de la época moderna*».

Conviene mencionar, aun haciéndolo de pasada, el problema de la movilidad profesional. Se ha insistido con frecuencia sobre este particular. Expertos de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) han

concluido, durante las jornadas de reflexión habidas en los primeros días de octubre del presente año, que, como ha sido difundido por la prensa, la informática «afectará profundamente las costumbres, los comportamientos, las profesiones, el equilibrio de los poderes, la producción, etc.». Sus efectos serán comparables a los producidos por la revolución industrial. No pocas ocupaciones tradicionales han quedado ya en desuso. Y lo mismo ocurrirá con otras muchas del presente. La automatización desplaza a gran velocidad el espectro de los trabajos remunerados. El gran problema será la incapacidad de parte de la población para acomodarse con rapidez a las nuevas ofertas del mercado. ¿Qué pueden hacer los padres, en estas circunstancias, con los hijos?

EXPECTATIVAS FAMILIARES Y ESCOLARIZACION

«En una sociedad abierta las posibilidades de movilidad descendente de los hijos anima la actividad frenética de los padres de status elevado; y el atractivo de la consecución de un status elevado aviva el interés de los padres de status inferior por el progreso y potencial educativo de sus hijos. Una sociedad abierta, democrática, es casi con toda certeza una cura de la despreocupación de los padres. El peligro no estriba en que los padres descuiden a sus hijos, sino en que estos raras veces escapen de su escrutinio penetrante y estima continua.»

Es indudable la pulsión paterna derivada de la movilidad social. Los casos de descuido, de abandono, que también existen, tienen unas connotaciones complejas que en este momento no vamos a considerar. Solamente mencionamos las estrategias procedentes de un estado de cosas cambiantes al que la inseguridad patrimonial y la ambigüedad profesional no hacen más que acuciar y exacerbar.

El razonamiento que muchos padres se autoformulan puede resumirse en los siguientes términos: No me es posible transmitir a mis hijos nada que les asegure el futuro. Carezco de bienes acumulables que garanticen una rentabilidad aceptable. Aún más, suponiendo que estuviese en mis manos conseguirlos, nada ni nadie me garantiza que vayan a ser conservados en las cuotas adquisitivas presentes. Ni siquiera les va a ser fácil mantenerlos en los niveles de recepción porque las alteraciones del mercado, lo imprevisto de las ofertas y las demandas, hará que, en el momento menos pensado, todo se derrumbe, o todo se transforme de positivo en negativo, de haber en déficit. Por consiguiente, la única salida está en dirigirse hacia aquellos sistemas que necesariamente han de estar vigentes, han de tener un valor sea cual sea el rumbo por el que camine la humanidad. Y, por ahora, todavía mantiene predicamento, pese a la progresión constante de licenciados en paro, la enseñanza y la preparación cualificada. Los conocimientos técnicos, los recursos científicos serán imprescindibles para toda forma de sociedad venidera. De ahí que gran número de padres responsables, recelosos de que a sus hijos no se les ofrezca la enseñanza adecuada ni los saberes precisos, hayan comenzado a especializarse en temas educativos y se hayan tornado en exploradores ávidos de los contenidos académicos, de los programas impuestos y de las competencias docentes. Son críticos implacables. Son exigentes y compulsivos a la hora de plantearse la escolarización de sus hijos. Nada habría de malo en ello si no fuese por la desmesura y por la fijación neurótica que en ocasiones comporta su actitud. De todos son conocidas las tragedias que un hecho circunstancial, como pueden ser las notas escolares, acarrea para familias enteras, para las mismas relaciones sociales. Hay padres que se sienten humillados, fracasados o exaltados con las notas de sus hijos. Persiguen a los profesores, asedian los colegios, acucian a las autoridades académicas hasta conseguir entorpecer el normal desarrollo de la escolaridad. Lo realmente grave de esta obsesiva preocupación es, a veces, la descarga de un

síndrome depresivo que afecta a los niños y a sus tutores académicos. En Japón, donde el nivel de exigencia y la necesidad de aumentar el rendimiento son vitales para una buena posición laboral, se ha desencadenado una escalada en el índice de suicidios infantiles. La presión paterna no es ajena a estas situaciones. El fracaso escolar y la autodestrucción vienen precedidos con frecuencia por una exacerbación de las expectativas familiares. No alcanzar el éxito esperado, brutalmente exigido, induce tal grado de ansiedad que necesariamente entorpece la realización de toda tarea humana. Y siempre termina en derrota.

Quizá convenga a muchos padres replantearse sus propios comportamientos y pensar detenidamente las consideraciones que MUSGROVE hizo en el año 1975: «Se han estudiado con profundidad las familias de emigrantes judíos e italianos de América, en un esfuerzo por descubrir por qué los hijos de los primeros suelen tener éxito en la escuela y en sus profesiones posteriores, mientras que los hijos de los últimos, por lo general, progresan poco. Se ha supuesto que la subordinación del chico italiano a los intereses de la familia podría producir un sentido de resignación y socavar su voluntad de realizarse. Sin embargo, los padres italianos y judíos de nivel profesional similar no diferían a la hora de determinar el grado en el que esperaban que sus hijos estuviesen vinculados a sus familias. Los investigadores propusieron –aunque sus pruebas no son, en realidad, muy consistentes– que los padres muy capaces producen en sus hijos un sentido de desamparo, que les hace creer que nunca serán dueños de su propio destino.

Al analizar los procesos de interacción familiar, se observó que los padres italianos ayudaban más a sus hijos que los padres judíos a los suyos. En el mejor de los casos, se creyó que el desamparo de los padres constituía una bendición mixta: el hecho de que tal ayuda sea necesaria tiende a subrayar o sugerir la incompetencia del hijo. Concuerda con esto el dato bien establecido entre los universitarios americanos de que las personas de elevada necesidad de realización se dan cuenta de que sus padres no se muestran cariñosos con ellos ni les ayudan...

Tal vez sean una impertinencia la amistad o enemistad de los padres con respecto a sus hijos, sea cual fuere su edad, y sus actitudes autoritarias o no autoritarias. Lo que importa es la independencia que les conceden. Los padres que no colaboran, el padre no autoritario, el padre negligente y el padre eficaz suelen ser semejantes a este respecto, a saber, que dejan solos a sus hijos por razones completamente diferentes. Sin embargo, tal vez les ayuden si, al mismo tiempo que los dejan solos, esperan que se porten bien en general...

Tal vez una de las necesidades más urgentes de los chicos en una sociedad centrada en ellos y en la familia sea que les dejen solos (los estudios realizados sobre las carreras de científicos e investigadores americanos que lograron el éxito, indican que en una etapa de su educación sus profesores tuvieron suficiente tacto para dejarlos solos. Muchas veces sufrieron un «olvido» prolongado, pero en un contexto general de elevada expectación)... (1).

Lo que se denuncia es el excesivo proteccionismo, la vigilancia sofocante. El padre que espía y controla minuciosamente todo el desarrollo del niño está marcando unas pautas de dependencia patológica. Entorpece la labor docente y disminuye la eficacia de los profesores, a quienes desprestigia si no prestan a su hijo el morbosos amparo que él mismo practica. Un caso típico de atención desmedida se produce en algunos centros de enseñanza religiosa. El resultado ha sido el descontrol y la falta de adaptación social cuando desaparecen los lazos del ambiente en que se formaron.

(1) MUSGROVE, F.: *Familia, Educación y Sociedad*, Ed. Verbo Divino, Estella, 1975, pp. 123-126.

En verdad, las cuestiones escolares, el proceso de aprendizaje, todo lo referente a las actitudes, son fenómenos en los que intervienen multitud de variables y nunca deben darse por diagnosticados y descritos con un solo factor. Podemos estar seguros, sin embargo, de que la exageración no será en ningún caso buena consejera, de que los resultados provocados por una atmósfera sobrecargada serán siempre desajustados, desequilibrados.

La situación que venimos señalando comienza ya con la búsqueda del centro escolar. Al principio de cada curso se observa la misma carrera en torno a los colegios. ¿Cuál es el mejor? ¿Cuál es el más apropiado? Hacia él se dirigirán los padres equipados con sus mejores armas. Y manejarán en muchas ocasiones un criterio muy difundido que alimenta desgarros familiares. Suele decirse que las cosas buenas tienen su precio. La mejor calidad de una mercancía está siempre evaluada en términos económicos, en relación proporcional a los costos reales o ficticios. Con estos hábitos la enseñanza cae fácilmente en las técnicas de mercado y comienza a manejarse como un producto que es preciso manufacturar, embellecer, empaquetar para satisfacer, para estimular los gustos del consumidor. La propaganda y la avaricia proteccionista puede conducir a disparates irreparables. Una enseñanza pública que funcione desinteresadamente, al margen de presiones injustificadas, será la mejor garantía de eficacia para un desenvolvimiento armónico del aprendizaje y de la personalidad.

Quizá nos convenga meditar aquel texto de Platón sobre la venta de las enseñanzas: «Los que llevan las enseñanzas por las ciudades, vendiéndolas y traficando con ellas, ante quien siempre está dispuesto a comprar, alaban todo lo que venden. Mas, probablemente, algunos de estos, querido amigo, desconocen qué, de lo que venden, es provechoso o perjudicial para el alma; y lo mismo cabe decir de los que les compran, a no ser que alguno sea también, por casualidad, médico del alma. Por lo tanto, si eres entendido en cuál de estas mercancías es provechosa y cuál perjudicial, puedes ir seguro a comprar las enseñanzas a Protágoras o a cualquier otro. Pero si no, procura, mi buen amigo, no arriesgar ni poner en peligro lo máspreciado, pues mucho mayor riesgo se corre en la compra de enseñanzas que en la de alimentos. Porque quien compra comida o bebida al traficante o al comerciante puede transportar esto en otros recipientes y, depositándolo en casa, antes de proceder a beberlo o comerlo, puede llamar a un entendido para pedirle consejo sobre lo que es comestible o potable y lo que no, y en qué cantidad, y cuándo; de modo que no se corre gran riesgo en la compra. Pero las enseñanzas no se pueden transportar en otro recipiente, sino que, una vez pagado su precio, necesariamente, el que adquiere una enseñanza marcha ya, llevándola en su propia alma, dañado o beneficiado» (Protágoras, 313, e; 314, a, b).